

LA ARQUILLA

DEL

BUHONERO.

NUMERO I.



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

MADRID:
Imprenta de D. TOMAS JORDAN.

MARZO DE 1834.

LA ARQUILLA DEL BUHONERO.

Diálogo entre el impresor Rico y el autor Paniagua, que sirve de Introduccion.

El *Impresor*. ¡Hola Sr. Paniagua! ¿V. por estos mundos? ¿Qué hay de nuevo?

El *Autor*. Nada que yo sepa: poco dinero: eso ya es viejo. Me han dado un recado de V., y por eso vengo.

Imp. ¡Ah! sí. Como V. se ha alejado de esta casa.

Aut. Como no hay nada que hacer, y yo tengo que buscarme la vida.

Imp. ¡Ya! . . . . Pero no hay que ahogarse, siempre se encuentra en qué ocuparse: se anda por aquí y por allá; se pasa el rato en las librerías, se habla, se trata, se forman relaciones, planes bonitos y lisonjeros; se entretiene el hombre, y. . . . . con provecho. ¡Hay tantas obras que imprimir!

Aut. ¡Hay tan pocos que lean! ¡Se paga tan mal!

Imp. Ya se vé; ¡estas malditas ventas! . . . . ¡El dinero anda tan por las nubes! . . . . . Cambios aquí, cambalaches allá. . . . . nada sonante. . . . . todo papel . . . . . todo crédito. . . . . Pero en fin. . . . . qué sé yo, me parece que renace cierta aficioncilla á leer, y es necesario aprovecharla. . . . . luego, las prensas pa-

radas no ganan nada: se pudren. . . . . hay que mantener la gente. . . . . tener el caudal, bien que mal, en pie. Vamos, Sr. Paniagua, hagamos algo. Precisamente para eso le llamaba á V. . . . . .

Aut. ¿Y á qué estamos? Yo á traducir y ganar un pedazo de pan y una misericordia de agua, ya que este es mi nombre, y lo peor mi signo.

Imp. Bueno: V. á escribir y tomar pesetitas, sin arriesgar ninguna, que eso es muy sano, amigo; y yo á soltar mis pobres cuartos, y gane ó pierda; el librero á vender *tuta conciencia*, y ganar siempre, que se venda bien ó que se venda mal.

Aut. El público á comprar y leer.

Imp. Eso querríamos todos: trabajo, despacho y ganancia. . . . . Vaya, invente V. ahora una obra de aquellas bonitas que V. inventaba allá en sus mocedades, que venian siempre á pelo, con título y cosas nuevas y raras. En un mes se vendia una edicion; todos ganábamos y comíamos, y. . . . . pronto á otra.

Aut. Bueno. Me parece que esta es la época de los periódicos, y que uno largo, largo, largo, y bien henchido de noticias, discursos, memorias, invenciones, descubrimientos, literatura, teatros, artes, sátiras y cuanto se pueda inventar podria tener asombroso despacho.

Imp. Por Dios, Sr. D. Paniagua, ¿me quiere V. reducir al infeliz estado de su maldito nombre, empujarme ácia el hospicio ó á la sopa de los pobres? ¿De dónde diablos se ha imaginado V. que mi triste caudal sufra tan terribles ancas? ¿Sabe V. que para un periódico, vamos, de cierta forma, se necesitan arriesgar

algunas taleguillas, y no de cuartos; que son terribles los gastos de correspondencia, periódicos extrangeros, en fin de lo que se llama redaccion? ¿Sí que los autores entonces no se hacen de pencas, y ninguna paga les contenta? Y luego los gastos de impresion son dobles, y aun triples por la premura y otras circunstancias.

Aut. Sí; pero si mucho se arriesga, mucho tambien se gana ó puede ganar, que es lo mismo.

Imp. Pues no. . . . . no es lo mismo. Al contrario, yo digo que en el dia se puede perder, y eso sí que viene á ser lo mismo que perder. Al principio la viña no se presentaba mal; pero á mi entender los primeros la han disfrutado: á los que vengan despues me temo no les queden mas que agraces. Nada de periódicos, nada de compromiso con el público. Venta libre, y compre el que quiera. Arriesgarse poco: si peta bien se sigue, sino con la música á otra parte. Folletitos. . . . cosa ligera y breve, graciosa, que pique la curiosidad..... Miscelánea, cuentecitos, chistes. ocurrencias, novedades, trozos de literatura; pero por Dios, de esto poco, porque no sienta muy bien á mis prensas. Y sobre todo un título nuevo, original, que llame la atencion. . . . . .

Aut. Vamos, le entiendo á V., y me place la idea.

Imp. Discurra V. un título, y pronto.

Aut. Le acomoda á V. el de la *Espigadera?*

Imp. Pase. Pero á ver otro mejor.

Aut. Cuadra tan bien al plan que V. ha formado. . . .

Imp. Sí; pero otro. . . .

Aut. *Cajon de sastre*, porque es pintiparado.

Imp. En verdad que sí; pero ya hizo otro el cele-

berrimo Nifo, que le alcancé por cierto en mis mocedades, y ¡qué bien traducia el maldito!

Aut. Pero este en el caso se le intitularia *Nuevo cajon de sastre.*

Imp. No puede ser nuevo cajon de sastre, porque en 1831 se publicó un *Novísimo cajon de sastre*, y el hijo no puede nacer antes del padre. Vamos á otro titulito.

Aut. *Olla podrida española.*

Imp. Así me la hiciera V. buena, porque me chupo los dedos por ella; pero no estamos en este caso, ni á V. le creo buen cocinero para condimentarla, y me temo que la tal olla vendria medio cocida de París, porque lo que vá V. á hacer es proveerse del inmenso almacen de literatura que allí se renueva todos los dias, traducir bien que mal, que es lo que llamaré con mas razon la *Olla de los pobres*, porque es de donde de mucho tiempo acá acostumbra surtirse nuestra literatura, y no hay para mas.

Aut. Ni medio por ahora, por mas que aquí se sepa. Eso de obras originales es menester mucho ingenio, mucha instruccion, y gastar mucho tiempo en componerlas, y la venta, por buena que fuese, ni sufraga, ni recompensa..... Pues, Señor, veamos si este último título le acomoda á V.: *La Arquilla del Buhonero.*

Imp. No conozco obra chica ni grande con él: le declaro por nuevo, y le acepto, y. . . . . manos á la obra. . . . . De aquí á ocho dias un cuaderno en casa, pronto impreso.

Aut. Y pronto vendido.

Imp. Dios lo haga como la necesidad hay.

ARSFIELD.

NOVELA HISTORICA.

Volvia de la Jamaica donde me habia sido preciso cuidar de vastas propiedades.

Mientras estuve ausente de Inglaterra se habia establecido en la aldea un extrangero, el cual fijó su residencia en una hermosa casa de campo, rodeada de jardines y bosquecillos, y separada del lugar por una vasta pradera. Hacia que le llamasen el general Arsfield; ninguna noticia de sus riquezas, familia y motivos que le habian podido obligar á escojer una mísera aldea para residir, habia llegado á conocimiento de sus humildes habitantes. Sus modales graves y altaneros habian impedido toda comunicacion con él, y hecho vanas todas las averiguaciones. Solo tenia en su compañía una hija y un corto número de criados.

Poco despues de mi llegada fuí á visitarle; le encontré en su jardin ocupado en cultivar flores; cerca de él estaba una hermosa jóven de catorce á quince años, y un criado anciano que le ayudaba en sus labores. Me recibió con urbanidad. Sus maneras eran corteses y nobles; pero tenia cierto orgullo que me incomodaba. Me condujo á su casa, cuyo interior me sorprendió; los muebles eran del mejor gusto, las piezas estaban adornadas con elegancia de objetos que indicaban una clase elevada en la sociedad, tales como una harpa, un piano y una biblioteca numerosa. Me volvió la visita; pero nunca tuvimos intimidad. Ademas de una política artificiosa manifestaba este raro personage tan gran aire de superioridad que ofendia á mi

amor propio. Otras circunstancias aumentaron mi disgusto; era irlandés y católico romano, y yo tenia aversion á su pais y religion; me separé poco á poco de su trato, y acabé por aborrecerle.

Acaso el tiempo, ó un conocimiento mas profundo de su carácter hubiera disminuido el efecto de la primera impresion; pero un incidente vino á confirmar nuestra recíproca enemistad.

Yo tenia mucho rigor en que se me guardasen mis derechos señoriales: sucedió que habiéndose salido de mi casa un faisan, le mató el criado anciano del general en su bosquecillo, donde se habia refugiado. Cité al culpado ante la justicia; el procurador de la aldea era díscolo y excitó mi cólera. Seguí el negocio con empeño; se probó el hecho al criado, y se le impuso la multa que pagó el general, y desde entonces nos separamos y dejamos de vernos y hablarnos.

Poco tiempo despues de esta disputa enfermó mi hija y dejé el pais, confiando la educacion de mi hijo al ministro protestante de la parroquia. Su carácter y superior instruccion me daban seguridad completa, y me permitieron dedicar todos mis cuidados á mi amada hija. Bien pronto se borraron de mi memoria la aldea y sus intereses insignificantes, y olvidé hasta la existencia del general Arsfield....

Una hermosa tarde de primavera dejé el camino real de Lóndres, á dos millas de M.; los árboles estaban cargados de flores, y los pajarillos cantaban alegremente en el bosque. Entré en mis dominios y esperimenté una sensacion de orgullo, porque no veia ningun objeto que no me perteneciese. Mas esto solo fue un instante, pues volví á pensar en mi Emilia. Ella me acompañaba la última vez que estuve en este pais, y ahora me hallaba solo en mi coche. Estos tristes pensamientos fueron interrumpidos por la detencion de los caballos: estaban componiendo el camino, y llegando á pasar un faeton por el trozo estropeado, obli-

gaba á mis cocheros á esperar un momento. Miré, y sentí que la sangre se me subia á la cabeza al reconocer al general Arsfield. El tiempo que habia mediado desde nuestra última vista, habia causado alguna alteracion en su exterior; pero me bastó una mirada para conocer que no habia cedido su orgullo. Su estatura era aun recta y magestuosa; sus ojos manifestaban siempre el mismo fuego, y sus canas las llevaba echadas atrás y arregladas segun el tono militar mas rigoroso. A su lado iva una jóven de admirable belleza. Al pasar se inclinó con gravedad; pero su hija cuando me saludó dió muestras de una alteracion visible..... ¿Sentia mi pena? Miré entonces mis vestidos de luto, ví la librea obscura de mis criados, y la idea de lo que habia perdido vino á oprimir mi corazon con mas amargura que nunca. Con el pañuelo me cubrí los ojos, permaneciendo de este modo hasta que el coche se detuvo en el patio del castillo.

Me senté en el comedor, cuyas paredes estaban adornadas con muy buenos retratos de familia. El caballero cubierto con su coraza, el noble castellano, el prelado decorado con su mitra y pectoral, y el juez revestido con el manto de armiño, todo esto se hallaba allí. ¿Pero qué me suponian? Hubiera cambiado toda la nobleza de la Eptarchia por la sonrisa de una jóven como la de Arsfield. ¡Yo habia poseido una hija querida, y la habia perdido para siempre! ¡Qué misterios tan extraños encierra el corazon humano! La vista de aquella inocente y hermosa criatura debia haber suavizado la aspereza de mi carácter, y vencido el odio que tenia al padre; pero produjo el efecto contrario. Arsfield era dueño de una bendicion que me estaba negada: envidiaba sus riquezas, y se aumentó mi aborrecimiento.

Al dia siguiente llegó Eduardo de Oxford; entró en mi habitacion, y abracé estrechamente al último de mis hijos. Le habia dejado niño, y me encontraba con un bello jóven que me llamaba padre. Todo mi orgullo se

exaltó á la vista de su fisonomía tan noble y expresiva, en que estaban retratados el talento y hermosura de los De-Warre. Cesó la pena, y solo se ocupó mi imaginacion en formar proyectos para el destino y adelantamientos de Eduardo. Este pensamiento era el único que me dominaba; me poseia aun en los sueños, y volví á caer bajo el yugo de mi pasion dominante, que era una ambicion sin límites.

A corta distancia de mi posesion vivia el conde de Eustonby; sus tierras lindaban con las mias. Habia ocupado un puesto eminente en la corte; pero se habia desgraciado en una comision diplomática, y se habia visto obligado á retirarse. Asi como yo, era el fundador de su fortuna, y por medio de sus intrigas políticas habia llegado hasta la dignidad de Par. No tenia mas que una hija, yo solo tenia un hijo, y formamos el plan de reunir nuestros bienes, casándolos.

El procurador de quien ya he hablado intervino en este asunto; en el espacio de algunas semanas arregló los preliminares, y puso las bases de una fortuna inmensa; porque con mis riquezas y el talento del conde, ¿qué no podia yo pretender para mi hijo? Asi se hacia el propietario mas rico del pais; lord Eustonby con su influjo podia proporcionarle cuanto quisiera, y por último, en lo sucesivo él y sus hijos heredarian el título de conde.

Nuestras negociaciones se hicieron con tal secreto que nadie sospechó nuestros designios. Yo habia prestado á lord Eustonby 50,000 libras sterlinas para el último pago de su hermosa propiedad; él habia dado los primeros pasos para asegurar á mi hijo la reversion de su título. Ya nos parecia estar vencidas las mayores dificultades; únicamente faltaba una cosa que hacer; esta era presentar una á otra las dos personas interesadas y darles el tiempo conveniente para cumplir con las formalidades del ceremonial. En consecuencia de esto hice volver á mi hijo que habia ido

á graduarse á Oxford, y le llevé conmigo al castillo de Eustonby.

La hija del conde era de una figura mediana y de un talento comun; consintió en la voluntad de su padre asi que este se la hubo manifestado, como cualquier suceso comun de la vida, y pareció sorprenderse cuando esperando un marido, vió que este era el jóven mas noble y hermoso que darse puede. Sin embargo, el dia pareció pesado: la comida era espléndida; pero estuvimos incómodos y desanimados: los vinos, la vagilla, los muchos criados, todo estaba calculado para que produgese un grande efecto. Yo no quitaba los ojos de Eduardo, procurando conocer la impresion que le hacia este fausto y elegancia; pero no tuve motivo para quedar satisfecho de mis observaciones, pues siempre estuvo distraido. Por fin llegó la hora de separarnos y le hice señas para que me siguiese á mi cuarto: obedeció, cerré la puerta y le hice sentar á mi lado. Principié con tono firme y decidido la exposicion de mis proyectos. Mientras que le hablé de las ventajas de un matrimonio prematuro, me escuchó con calma y sin interrumpirme; pero cuando supo que su esposa estaba designada con antelacion, y todo preparado para su próxima union con Ladi Carolina Singleton, se sobresaltó como si hubiese vuelto de un sueño, y declaró que jamas consentiria en ello. En vano le exigí una objeccion razonable: en vano le manifesté la brillante perspectiva que le esperaba. Empleé todos los medios, toqué todos los resortes de su corazon, hice valer el cariño de hijo, procuré despertar su ambicion, ponderé la dignidad de Par, las riquezas, el poder; á todo se mantuvo inexorable. Hasta aquí ninguno de mis hijos habia resistido á mi voluntad. Irritado de su negativa, no fuí dueño de mí mismo, y arrebatado de la mas violenta cólera le arrojé de mi presencia, dándole el tiempo de aquella noche para reflexionarlo, con la alter-

nativa de someterse á mi voluntad, ó cesar de llamarme su padre.

Pasé una noche espantosa sin poder dormir. Algunas horas antes creia ya llegado el fin de mis deseos, y de repente un obstáculo invencible amenazaba trastornar tan brillantes esperanzas, que me habian vuelto á hacer amar la vida.

Envié recado muy de mañana al cuarto de mi hijo; no estaba, y el criado me presentó una carta que acababa de traer un aldeano. Era de Eduardo; decia únicamente que una discusion mas larga entre nosotros seria inútil y desagradable, por lo cual se habia marchado con intencion de volver, y esperaba mi determinacion.

Mandé llamar á lord Enstonby; esta noticia fue para él un pistoletazo; pero como diestro cortesano bien pronto se hizo dueño de sí mismo. "Es menester, dijo, proceder con prudencia y política. ¿No tenia él alguna otra inclinacion?" No pude responder á esta pregunta, porque no lo creí posible. Concluida nuestra consulta, salimos juntos á encontrar á Eduardo.

Éste habia vuelto ya á casa casi desesperado, porque con una palabra sola le habia yo destruido un amor en el que cifraba su dicha. Sí, amaba apasionadamente. Habia encontrado por casualidad al general Arsfield; habian hecho amistad. Eduardo habia estado en su casa, habia visto á Blanca Arsfield, y su corazon no habia podido ser insensible. No habia nacido para amar inútilmente, y fue correspondido con ternura.

Cometieron no obstante una gran imprudencia; ocultaron su amor, y esperaban mi llegada, calculando que pasada la primer impresion de mi dolor, Eduardo me descubriria su pecho, y yo convendria en pedir la mano de Blanca á su padre. En esto estaban, cuando traspasé el corazon de mi hijo, manifestándole otras intenciones. ¿Mas cómo habia de dar esta noticia á

aquella cuya delicadeza habia reusado por largo tiempo escuchar pretensiones, que todavía no estaban aprobadas por el padre? ¿Qué pensaria el orgulloso Arsfield cuando se presentase á él como prometido á otra? Y si Blanca se atrevia á seguirle al altar, ¿la maldicion paterna no emponzoñaria y destruiria la bendicion nupcial? Atormentado con tan terribles pensamientos deja la casa fatal en que se habia tramado la ruina de sus esperanzas, y antes que despertase ningun criado se ocultó en los bosques del general.

Blanca sabia que habia llegado su amante y que no tardaria en ir á verla. Se levantó antes de lo acostumbrado; su corazon latia con violencia, y su rostro estaba animado de los colores mas vivos cuando pasó por el jardin de su padre. Acaso debió haber esperado, pero temia afligir á un corazon que tan tiernamente la amaba, y en especial en un instante en que iban á cesar todos los secretos entre ellos. ¿Quién podria acusarla? Apenas tenia 17 años, y en esta edad puede mas el corazon que los cálculos de conveniencia. Siguiendo pues su impulso entra en el pabellon en que han pasado tan felices instantes. Allí estaba Eduardo con la cabeza caida sobre sus manos, embebido en tristes pensamientos. No habia oido las ligeras pisadas de Blanca, cuando se le presenta esta de improviso: se escapó de sus labios un grito de gozo y sorpresa; y la cogió en sus brazos estrechándola fuertemente. Blanca se alteró y se separó poco á poco. Algunos dias de ausencia no justificaban este arrebato: le miró; estaba agitado: sus movimientos eran apresurados, sus ojos no tenian la expresion ordinaria, y cuando la cogió la mano advirtió ella que la tenia ardiendo.—«Eduardo, ¿qué ha sucedido? ¿Sois desgraciado?» le dijo.--Se sonrió tristemente. — "Estoy conmovido, es verdad, querida Blanca, respondió; no os esperaba aqui, y vuestra presencia, que siempre me es tan grata, me ha ofuscado."

—"Querido Eduardo, tal debe ser la consecuencia

de nuestra imprudencia. Nos hemos dejado arrastrar poco á poco mas allá de nuestro deber; pero gracias á Dios ha llegado la hora de reparar nuestra falta, y no permitiré que el misterio que guardamos dure un dia mas. Pero, Eduardo, ¿os sonrojais? ¡Ah! no creais que os reprendo. Siempre he tenido entera confianza en vuestro honor, y el afecto que os profeso será eterno; á mí misma me reprendo, pues mi conciencia me acusa hace mucho tiempo de no proceder con franqueza con quien nunca tuvo secretos para mí, y ahora soy feliz en poder arrojarme á los brazos de mi padre, confesándole mi falta, y recibiendo su perdon."

Medió un momento de silencio, despues del cual la dijo: «Blanca, en pocas horas se ha mudado mi suerte, y me ha hecho el mas desgraciado de los hombres: en adelante dependerá únicamente de vos que yo exista por mas tiempo.» Blanca se puso enteramente pálida: sus ojos estaban fijos en los de Eduardo; este continuó con voz trémula: «¿No me habeis dicho que me amabais, Blanca? ¿consentireis en ser mia, mia solamente y para siempre?» — «Eduardo, ¿por qué dudais de mi cariño? Os he permitido leer en mi corazon acaso mas de lo que debia. ¿Quereis aun otra prueba? Seguidme á casa de mi padre, y me vereis pedirle de rodillas que olvide la dureza del vuestro, y que consienta.......»

—«¡Deteneos, Blanca, deteneos! ¡Ah! no sabeis la profundidad del abismo donde quieren precipitarme.» Ella temblaba.—«No puedo continuar, dijo: ¿tendrás valor para escucharme, querida mia?»

Ella estuvo confusa, pero por poco tiempo. Era muger; pero tenia un carácter firme: alzó los ojos al cielo, sus labios se cerraron; mas despues, recobrando sus fuerzas, «valor, dijo; sí, le tendré. ¿No soy la hija de Arsfield? Haced la prueba, Eduardo.» — «Estoy desesperado, ¡Oh Blanca! Mi sentencia está ya pronunciada por aquel á quien debo la vida; me ha prohi-

bido unirme contigo, y estoy destinado para otra.»

Blanca dió un grito, y cayó desmayada en sus brazos. La puso en un banco, y la dió los nombres mas queridos: en vano, porque nada podia hacerla volver en sí. En su aturdimiento pedia socorro. Se acerca uno con rapidez, mira, y vé delante al general Arsfield.....

. . . .

Yo estaba en la biblioteca con lord Eustomby; estábamos embebidos profundamente los dos en una consulta con Simmondo: el procurador que poseia nuestra confianza, y el cual acababa de descubrir la secreta inclinacion de mi hijo y la causa de oponerse á mi voluntad. Yo estaba á un mismo tiempo furioso y angustiado; mis planes se habian desconcertado probablemente para siempre, y esto por mi antiguo enemigo.

No obstante se buscaba á Eduardo sin poder encontrarle, y Simmondo nos dejó para ir á saber su paradero, y si habia estado en la cabaña despues de su vuelta. Yo estaba aun aturdido por lo que me acaba de suceder; lord Eustomby, cruelmente burlado, guardaba silencio, cuando de repente se oyeron pasos precipitados en el portal, se abrió la puerta, y se presentó Eduardo. Venia con él un extrangero; le miré, y ví que era el general Arsfield. Por algunos minutos consideré esta visita inesperada con tal asombro, que casi me privó de la respiracion. Por su parte parecia estar tranquilo, y fue el primero en romper el silencio.

«M. de Warre, dijo en voz baja y grave, he venido á cumplir un deber, tanto de caballero como de padre: me debeis escuchar. Sí, lo que acabo de saber hace indispensable esta discusion. Vuestro hijo ama á mi hija, y temo que su amor haya sido escuchado con demasiado agrado para nuestra comun dicha.»

Mientras hablaba habia yo ido reponiéndome: el tono grave y pausado con que hacia alusion á un suceso que destruia todos mis planes me hirió en lo vivo del corazon.

«Os lo agradezco, le dije con orgullo; pero esa mala noticia ya habia llegado á mis oidos.»

Arsfield se puso muy colorado; pero continuó con la misma serenidad: "Vuestra observacion ni es lisonjera ni cortés; pero dejemos esto; he prometido á la que quiero mas que á mi vida saber de vuestra propia boca cuáles son vuestras intenciones. Permitidme os haga una sola pregunta. ¿Vuestro hijo tendrá de vos completa aprobacion para manifestar francamente su corazon á Mis Arsfield?"

Yo estaba rebentando de cólera; lord Eustomby parecia helado de sorpresa, y Eduardo esperaba mi respuesta como si su vida dependiese de ella. "General Arsfield, dije (si realmente teneis derecho á este título), mi respuesta será corta y decisiva. Hasta esta mañana apenas me acordaba de la existencia de la que acabais de nombrar, y la distancia inmensa que la clase y la fortuna han puesto entre nosotros no me permitía suponer que mi hijo pudiese envilecerse hasta el punto de casarse con la hija de un papista y aventurero irlandés. Añadiré para vuestra inteligencia y la suya, que en el momento en que yo sepa esta union le echaré la maldicion mas terrible: sí, la maldicion de un padre le perseguirá hasta el sepulcro."

Arsfield escuchó mi declaracion con la fatal calma que precede á la tempestad; despues, sin alterarse, dijo: "Me habeis respondido; ó mas bien me habeis insultado, y os habeis burlado de mi religion y de mi pais. En lo que á mí toca, miro vuestras espresiones falsas y calumniosas con todo el desprecio que acostumbran los descendientes de Arsfield, los vástagos de una familia de príncipes, y como pronunciadas por un vil aldeano, que se esfuerza en vano en disfrazar su bajo origen con el velo de un nombre prestado. Habeis ofendido á mi creencia religiosa; os abandono á mi Dios, quien decidirá entre ambos. Pero siento la ofensa hecha á mi patria, y la vengaré.

Recibid por mi parte este desafio mortal." Al decir estas palabras se quitó el guante, y me le tiró á la cara: "Si la cobardia no es la herencia de vuestro plebeyo nacimiento, me dijo, os espero á la una bajo el olmo que está á una milla de la aldea." Al decir estas palabras salió con la misma dignidad; queria seguirle, pero Eduardo cayó desmayado en el suelo, y tuvimos que llevarle á su cuarto. Lord Eustonby se esforzó para apaciguar mi cólera, y me disuadió á que no respondiese al insolente desafio de Arsfield Poco despues se retiró, prometiéndome que volveria al dia siguiente.

Parecióme sumamente pesada la mañana; la comida se la llevaron como la habian traido, y yo estaba delirando con la pérdida de mis esperanzas, cuando se me presentó Simmondo, Acababa de saber por sus espias que habian observado gran trastorno en la casa de campo de Arsfield; ivan unos, venian otros, hacian maletas, y todo indicaba una inmediata partida, de lo que inferia el letrado que aquella misma noche se ejecutaria un rapto, por lo que era indispensable estar en continuo acecho de Eduardo. Pronto nos confirmamos en esta opinion por haber encontrado el cuarto de mi hijo solo, y se supo que el criado se habia escapado con él. Entonces me determiné á frustrar sus planes; hice ensillar mis caballos, y envié emisarios ácia el camino del norte, creyendo que por él verificarian su fuga. En seguida me embocé muy bien en una gran capa, y salí con Simmondo á observar los movimientos de mi enemigo. La noche estaba obscura; apenas salimos del bosque nos acercamos á la casa de Arsfield. Dejando al letrado escondido en el camino principal, me introduje sin meter ruido en el jardin que rodeaba la casa, y allí me oculté cerca de una ventana. En lo interior habia gran confusion; los muebles estaban desordenados, y el suelo cubierto de cajas y paquetes. Yo esperaba con

zozobra el resultado de los preparativos que veia hacer, cuando de repente cogiéndome del cuello del vestido una mano como de hierro, sentí apoyada en mi frente la boca de una pistola. Me volví espantado, y me encontré en poder de mi enemigo.

"Asi pues," dijo en el momento en que se me cayó la capa á sus pies; "Mr. De-Warre (como se le antoja llamarse), Mr. De-Warre viene á visitar al general Arsfield, no como enemigo generoso, con las armas en la mano en medio del dia, sino en la obscuridad de la noche, como conviene á un ladron y á un cobarde."

Yo no estaba en disposicion de articular una sola palabra; pues me veia humillado y abatido en su presencia. Me trató con el mayor desprecio, y con mofa me decia estas vilipendiosas palabras..... Por último pude hablar y decirle el motivo de encontrarme en aquel paraje. "Y temeis, dijo, que el heredero de.... Perdonad, he olvidado vuestro nombre verdadero; ¿temeis, digo, que sea engañado, seducido y obligado á casarse con la hija del aventurero irlandés? Entrad en mi casa, aclararé vuestras dudas; entrad os digo, nada temais. No te haré ningun daño; vaya, estás libre de mi venganza."

Yo estaba aturdido en su presencia, y le seguí casi involuntariamente. Tomó una luz que habia á la entrada de la casa, y me llevó tras sí á un aposento en que nunca habia yo entrado. Este era un gran cuarto, probablemente destinado al estudio y retiro religioso. Un lado estaba ocupado con estantes llenos de libros y una mesa cubierta de papeles. Enfrente habia un altarito con una hermosa pintura de la Vírgen, y encima un Crucifijo, y sobre el altar habia un misal abierto y cerca una cagita. Arsfield se acercó á él con profundo respeto, se persignó con devocion, en seguida tomó la cajita, y vino al sitio en que me habia dejado inmóvil.

"Os he visitado esta mañana, me dijo, y os he hecho una pregunta franca y leal: me habeis respondido con ironia é insulto. Espliquémonos; yo soy conocido aqui bajo el nombre del general Arsfield, y vos bajo el De-Warre. ¿Cuál de los dos es el que tiene mas legítimo derecho al nombre que toma?

Entonces abriendo la cajita, que me pareció contenia joyas y otros objetos preciosos, me mostró con el dedo una cruz de la orden de María Teresa, y dijo: "Esta cruz brillaba en mi pecho la mañana del 14 de junio, cuando tomé por asalto el pueblo de Marengo, en aquella célebre batalla, que sin la inesperada llegada de Desaix hubiera cambiado los gritos de triunfo de Francia en un dia de luto y de desgracia para ella. Esta medalla la llevaba yo en Hohenlinden, y esta otra en Bardinetto." En seguida cogió una miniatura ricamente guarnecida de diamantes. "Este es un recuerdo de mi juventud; este es el retrato de una muger, de una reina; se presentó en una corte extrangera, fue mal recibida y estuvo expuesta al desprecio y la calumnia. Yo era entonces un húsar desconocido; la casualidad me hizo su campeon; combatí por ella..... El conde de N. su enemigo mortal é implacable perseguidor, cayó al esfuerzo de mi brazo. La desgraciada princesa me dió este retrato como una prenda de su agradecimiento; y desde entonces fue mi amiga y protectora hasta su muerte.....Aquí, dijo descubriéndose el pecho, aquí están señalados los recuerdos de Rívoli y de Bassano....."Despues, levantando sus canosos cabellos: Mirad las cicatrices de las heridas que recibí en el paso del Mincio. ¿Y ahora me acusareis aun de impostor?"......Yo guardé silencio, y él continuó: "Tambien me habeis llamado traidor. ¿Cuáles son vuestras pruebas? Aqui teneis las mias." Alzó entonces la luz y alumbrando á dos retratos: "Ved lo único que me queda de mis dos hijos. Este era el mayor....." Levanté los ojos, y vi el rostro de un be-

llo jóven con el uniforme de marina. "Mandaba una fragata inglesa, y escoltaba un comboy de tropas, cuando le dieron caza dos buques franceses de fuerzas superiores. Una sola alternativa le quedaba, abandonar el comboy ó perderse: no dudó, y se preparó al combate. Jamas fue defendido con mas valor el pabellon inglés; los mástiles estaban rotos, y aún la artillería hacia destrozos en el enemigo. Los dos buques franceses la abordaron, y él los rechazó con sable en mano; en vano le gritaban que su bajel iba á perecer; por último, reuniendo los cortos restos de su tripulacion, se echó sobre el puente de los franceses, y pereció en él, en el instante en que desapareció su fragata bajo las olas, con el pabellon del que ninguna mano enemiga habia podido apoderarse."

"Y este retrato, continuó despues de una pausa, es la imágen viva de mi segundo hijo. Tambien quiso ser militar; su carrera fue corta y honorífica como la de su hermano; murió en Ciudad-Rodrigo. Con un pie en la brecha, y la espada en la mano, cayó en el momento del triunfo; su último suspiro fue un grito de alegría; su última palabra *adelante!* Los dos me han precedido al sepulcro, exclamó con entusiasmo. Los he dádo á mi pais, y su lealtad la han sellado con su sangre. ¿Es esta dádiva de un traidor?"

Despues, mudando de tono, dijo: "Separémonos, volved á vuestra casa, y sabed que mañana antes de ponerse el sol habré dejado este sitio para huir lejos de vos y vuestra familia, abandonando un retiro que fue feliz y pacífico hasta el dia en que vos tragísteis á él el dolor y la desgracia. Que no intente seguirme vuestro hijo; porque si lo hiciese, le costaría la vida. Decidle que olvide á la hija de Arsfield, y que aunque la ofreciera un reino, no aceptaria jamas su mano, si no iba acompañada de la bendicion de su padre.

"Una palabra mas antes de que nos separemos. Os recomiendo la caridad, y si hablais en lo sucesivo

de mi desgraciado pais, no olvideis que ha prodigado locamente para la Inglaterra su sangre y sus tesoros. Sed á lo menos justo, si no sabeis ser generoso." A estas palabras me mostró la puerta, me acompañó hasta ella con urbanidad altanera, y me dejó.

Dos dias se habian pasado despues de este lance. Arsfield, exacto en el cumplimiento de su palabra, se habia marchado con su familia, dejando un criado para que cerrase la puerta de la casa, y que se fuese en seguida con su bagaje á un puerto lejano, en donde hallaria nuevas instrucciones.

Yo no habia visto á mi hijo, y temia nuevos sentimientos, cuando en la noche del segundo dia llegó un propio que enviaba su criado para informarme que estaba enfermo de peligro en la ciudad inmediata. Marché al instante, y le encontré con una fuerte calentura cerebral: en su delirio imploraba á su padre; y nombraba contínuamente á Blanca y á Arsfield. Supe por su criado que habia seguido al general, é intentado oponerse á su viage; pero que todos sus esfuerzos habian sido inútiles. Habia tenido una dolorosa conversacion con Blanca, y se habian separado casi desesperados.

Eduardo se restableció con lentitud: su juventud le salvó, y recobró sus fuerzas; pero habia perdido del todo su alegría. Creí que la distraccion disiparía su melancolía, y convidé al lord Eustonby y á una tertulia numerosa á que viniesen á mi casa á pasar algun tiempo.

La mañana del dia en que yo esperaba mis tertulianos desapareció mi hijo; concebí nuevos temores por su ausencia, y fuí á buscarle para saber la causa. Se habia marchado, dejando una carta para mí sobre la mesa.

La abrí con mano trémula; y decía que habia salido del reino para evitar, si le era posible, recuerdos funestos. Me declaraba que no tenia las fuerzas sufi-

cientes para volver á ver á lord Eustonby, quien juzgaba era la causa de su desgracia. Me prevenia que todas las diligencias para seguirle serian vanas, porque se habia mudado el nombre, y tomado otras medidas que harian inútiles mis pesquisas. En efecto, habia conseguido su intento, porque todos mis esfuerzos para descubrirle de nada me sirvieron. Un año, un año deplorable se pasó sin tener noticia de mi hijo. La Europa ardia en guerras; la desastrosa campaña de Rusia habia obscurecido la gloria de Francia, y Napoleon habia sido precipitado de su trono. La Gran-Bretaña cantaba victoria; pero la alegría no puede alcanzar al desgraciado que todo lo ha perdido. Si yo hubiera podido encontrar á Eduardo le hubiera estrechado contra mi corazon; no me hubiera costado trabajo humillarme ante el orgulloso á quien yo habia despreciado é insultado, hubiera sacrificado con gusto los títulos, los honores, las riquezas, si á tal precio hubiese podido ver á mi hijo feliz, como lo hubiera sido sin mi funesta ambicion.

Cansado de esperar en vano me resolví á renovar mis averiguaciones, y marchar á Irlanda, donde yo me imaginaba que debia haber seguido al general.

Con esta idea estaba ocupado en dar órdenes para apresurar el viage, cuando me interrumpió un aldeano diciéndome que un hombre moribundo, en la posada de un pueblo inmediato, pedia con instancias hablarme sin dilacion.

Cedí á esta insinuacion, y pasé á la habitacion del enfermo. Con voz apenas inteligible suplicó á los que estaban presentes se retirasen, y me hizo seña de que me acercase. Lo hice y me hallé en la cama á un soldado jóven con el uniforme de lancero. Me preguntó si me acordaba de él; le miré con mas atencion, y su rostro estaba pálido y desfigurado con una profunda herida. Sin embargo, sus facciones no me eran desconocidas del todo, fuí haciendo memoria, y me encon-

tre que era Merwyn , el criado de Eduardo. Le costó mucho trabajo el referirme su trágica historia. Mi hijo habia entrado al servicio de Austria con nombre supuesto ; y Merwyn, no queriendo separarse de él por el mucho cariño que le tenia, habia entrado en el mismo cuerpo, habian hecho juntos esta campaña memorable, y mi hijo habia perecido en las calles de Leipzig, en la última carga que decidió de la suerte de esta sangrienta batalla. Merwyn habia caido á su lado herido de peligro, y habia recibido de él un paquete cerrado, que le suplicó me entregase. Como criado fiel obedeció las órdenes de su amo, y dedicó los últimos esfuerzos de su vida á cumplir su voluntad. Despues de algunas horas, sorprendidos los de la posada por el silencio que habia en el cuarto de Merwyn, probaron á abrir la puerta, y me encontraron desmayado sobre la cama, y á Merwyn muerto á mi lado. . . . . .

Meses se pasaron sin yo saberlo. El mundo se habia borrado de mi vista. Huia de él y rehusaba el trato con los hombres. No habia salido de mi habitacion desde el dia que supe la muerte de Eduardo: únicamente en la obscuridad de la noche vagaba por algunos parages solitarios de mis dominios, buscando los mas tristes y á propósito para alimentar mis funestos recuerdos.... Una noche emprendí mi melancólico paseo antes de lo que tenia de costumbre; habiendo llegado á una altura desde donde se descubria el camino, miré ácia él con timidez como para asegurarme que nada humano turbaba mi soledad ; pero quedé sin poderme mover de donde estaba al ver un convoy fúnebre que se dirigia lentamente ácia la iglesia de la aldea. El féretro iba adornado de plumas blancas, y un coche enlutado muy cerrado terminaba la comitiva. Estuve á punto de desfallecerme, y me volví á entrar en casa precipitadamente.

Llegó la noche ; solo alumbraba á mi biblioteca

la débil luz de una lámpara, y yo estaba hacia bastante tiempo absorto en un profundo delirio, cuando oí abrir la puerta. Creí fuese algun criado, y no reparé: mas pronto sentí que me ponian una mano sobre la espalda, alcé los ojos y vi una persona vestida de luto inmóvil delante de mí. ¡Oh Dios mio, era Arsfield! ¡Pero cuán mudado de lo que antes era! Solo la sombra de mi enemigo antiguo era la que se me presentaba: su rostro pálido parecia tan inanimado como el mármol; el fuego de sus ojos se habia extinguido enteramente; sus canas caian desordenadas sobre sus espaldas; su paso era lento, y su cuerpo estaba flaco y encorbado. ¿Este anciano, herido en el corazon, era el mismo que habia combatido con valor en los campos de Marengo? ¡Dios mio, este es el hombre! ¡A dónde le conducen su loco orgullo, su ambicion y vanagloria!

Arsfield rompió en fin este magestuoso silencio, y con voz grave y baja, dijo: "De-Warre, aquí teneis á un padre desgraciado sin hijos, el último vástago de este nombre ilustre del que tanto se ha lisonjeado por mucho tiempo. Acaban de enterrarse en el cementerio de la aldea los despojos mortales de mi hija." Asombrado de esta aparicion inesperada, me puse de rodillas, invoqué su perdon é imploré su compasion sollozando. "¡Yo tambien Arsfield, exclamé, yo tambien he perdido á mi último hijo! — Lo sé, De-Warre, los dos hemos sido culpados. Vuestra necia ambicion y mi loco orgullo han perdido á los que tanto amábamos; pero no hablemos de lo pasado. He venido á cumplir la última voluntad de un ángel, para traer palabras de paz al padre del que ella amó hasta el sepulcro.

-«¿Supo la muerte de Eduardo? le pregunté con suma inquietud. Sí, y esta noticia funesta traspasó su corazon; desde entonces no se asomó la risa á sus labios, y ha querido que su cuerpo fuese enterrado en el mismo pa-

rage en donde gozó la dicha de amar y ser amada. De-Warre, vengo á despedirme de vos.» Mi conmocion era tal, que respiraba con dificultad. ¡«Oh! permaneced aquí, vivid aquí, morid aquí, le dije, y suframos juntos el peso de nuestra desgraciada existencia!—De-Warre, no debemos volvernos á ver en este mundo. ¡Ojalá nos veamos algun dia en otro mejor! El último vínculo que me unia á la tierra se ha roto: los tristes restos de mis dias debo consagrarlos al Ser Supremo. A Dios.» Entonces, besándome en las megillas con labios trémulos, me dijo: «¡Dios sea con nosotros!» En seguida, levantando su lúgubre manto, salió dejándome en la agonía mas cruel. Despues de un momento oí el ruido de un coche, y desde entonces no le he vuelto á ver. . . . .

. . . . El lúgubre sonido de las campanas retumbaba en los aires, la iglesia estaba cubierta de negro, y el banco de los De-Warre estaba adornado con el escudo de sus armas. El último de este nombre habia dejado de existir, moria sin hijos y sin herederos de sus muchas y fértiles posesiones. Al mismo tiempo habia llegado al cementerio un féretro sin fausto, acompañado de un hombre solo, y algunos aldeanos que le seguian por curiosidad. El extrangero ocultaba su rostro con la capa mientras que bajaban el cuerpo á la sepultura y cumplian con el último servicio debido á los muertos. Acababan de cubrir de tierra la tumba, cuando con gran ruido se abrieron las puertas principales del castillo de los De-Warre, y se vió salir el numeroso acompañamiento de una pompa fúnebre.

El extrangero vestido de luto levantó la cabeza y preguntó cómo se llamaba el que iba en el atahud. Apenas oyó la respuesta, dijo en voz baja: «Mi encargo es inútil; la muerte los ha sorprendido en un mismo dia. ¡Quiera la Vírgen, Madre de misericordia, implorar de su Hijo el perdon de sus pecados!»

Montó al instante en su caballo, que le tenia á la puerta del cementerio, y partió á galope. Pero por rápida que fuese su carrera no dejó de conocerle alguno de los que estaban presentes, por el criado fiel y hermano de leche del general Arsfield.



SPINELLO-ARETINO,

ó

la fuerza de la imaginacion.

ANÉCDOTA DE UN PINTOR ITALIANO.

Bien sabidos son en toda Italia los amores y desgracias del pintor Spinello. Cuando siendo jóven fue á Arezzo, en cuya ciudad aun se encuentra en el convento de St. Angelo su obra de mayor mérito, *la Caida de los ángeles rebeldes*, se hospedó en casa de un pintor que se habia proporcionado considerables bienes, no teniendo mas que mediana habilidad en su arte. Este pintor, llamado Bernardo Daddi, tenia una hija llamada Beatriz, la cual, á la sazon entraba en la edad de la juventud. Se suponia que Spinello se enamoraria de ella; pero este jóven artista habia dejado en el lugar de su nacimiento una doncella hermosa, con la que hasta cierto punto estaba comprometido á casarse; y ademas de esto, tenia él uno de aquellos caractéres melancólicos propensos á apasionarse y guardar fidelidad. Por último, habitaba en la misma casa y comia á la misma mesa que Beatriz, casi sin echar de ver su maravillosa hermosura, al paso que los que la alcanzaban á ver en la iglesia, ó las pocas veces que salia á la calle, la miraban casi como una criatura celestial.

Su padre Bernardo quiso tener una copia fiel de su hermosura cuando estaba en todo su explendor, y cada dia se aumentaban sus atractivos en lugar de dismi-

nuirse. Pero creyéndose él el único digno de retratar un modelo tan bello, lo tomó á su cargo. La jóven, que entonces tenia poca aficion á estarse parada y casi sin movimiento, se incomodaba con las sesiones largas que le era preciso tener con su padre, y esta incomodidad causaba en su fisonomía la pérdida de algunas de sus gracias. Bernardo lo notó, y temiendo no poder retratarla con toda perfeccion, dijo á Spinello, á quien ella parecia que tenia inclinacion, que la hiciese compañía mientras que la retrataba. El jóven estimaba mucho á Bernardo, el cual, aunque falto de talento, tenia genio apreciable: consintió en lo que le pedia el anciano, no obstante que esto le hiciese perder una gran parte del tiempo que dedicaba al estudio de un arte que le agradaba en extremo, y en el cual hacia los mayores adelantamientos. Al dia siguiente empezó Spinello á ejercer su nuevo oficio. Beatriz, elevada como una estátua sobre un pedestal, habia vuelto á tomar á pesar suyo, despues de algunos minutos, aquella expresion de impaciencia y enfado que tenia al instante que empezaba la sesion. Sin embargo, por grados, y á medida que Spinello la entretenia, ya con una conversacion ya con otra, dirigió naturalmente su vista hácia aquella parte del taller en que el jóven hablador, sentado á la sombra, empleaba para distraerla todos los recursos de un genio vivo y amable. Este corto ensayo salió bien. Por consiguiente Spinello tuvo que obligarse á hacer lo mismo al otro dia y todos los demas, hasta que se concluyese el retrato ó poco menos. Durante este tiempo, el pintor jóven hacia involuntariamente comparaciones entre la hermosa Beatriz y la imágen inanimada que la reproducia en el lienzo. A fuerza de considerarla acabó por conocer todo el atractivo de su belleza; y un dia, con el entusiasmo que le inspiraba, olvidando el respeto que debia á la edad, arrancó el pincel de las manos del anciano, y exclamó con vehemencia extraordinaria: "De-

jadme acabar este retrato." Intimidado por la viveza de su accion Bernardo, le dejó coger el pincel sin decir una palabra, y Spinello reproducia en el lienzo con un calor dificil de expresar todas las ideas de hermosura que ocupaban su alma. Cuando se calmó este entusiasmo, conoció su imprudente conducta, y se escusó con mucha turbacion; mas el anciano pintor, satisfecho del acierto y valentía de su pincel, declaró que él solo podia reproducir las gracias de Beatriz, y que le cedia este honor.

Habiendo de este modo caido Spinello en el lazo formado por su propio entusiasmo, se vió obligado á aceptar la oferta. Aunque desease no ofender á Bernardo, conoció que seria necesario modificar el dibujo, mudar el colorido, y en una palabra, volver á hacer todo el retrato. Bernardo, en quien podia mas el amor de padre que la vanidad de artista, y deseaba trasmitir á la posteridad un retrato fiel de las bellezas de su hija, se sorprendió algun tanto de la libertad que se tomaba Spinello, pero no se enfadó; y sin replicar, ni hacer objecion alguna, le dejó seguir su obra segun le sugiriese su talento. El jóven trabajaba con un afan y satisfaccion que nunca habia experimentado en tanto grado; la imágen de Beatriz, que ocupaba su alma, se reflejaba en el lienzo como en un espejo.

Aunque este retrato es muy célebre en Italia, no me detendré en describirlo, ni en expresar el efecto que produjo en mi imaginacion cuando le ví la primera vez. Acaso la historia del pintor, que ya sabia yo, contribuyó mucho á aumentar esta impresion. De cualquier modo que sea, me acuerdo de haber pasado horas enteras considerando con una especie de éxtasis esta fisonomía tan hermosa y seductora. Beatriz está representada en disposicion honesta y pensativa, sobre un lecho á la antigua, al pie de una columna; varias flores derraman sus aromas al derredor de ella; y un árbol, con el cual se enlaza una vid cargada de raci-

mos, la cubre con sus pámpanos. Quizá el dibujo es un poco seco, como el de los pintores antiguos; pero este es el único defecto que se le puede poner. Si los deseos de Bernardo eran inmortalizar la belleza de su hija, lo logró por cierto. Mil plumas han celebrado á porfía esta hermosa composicion; y la literatura italiana perecerá antes de que se olvide el nombre de Beatriz.

Casi seria menos dificil contar las olas que agita el viento de la tempestad, que esta multitud de signos por medio de los cuales descubre el alma á su modo sus transformaciones unas veces caprichosas, otras indelebles. Qué abundancia de medios para eximir al amor de pronunciar una palabra que Beatriz no habia proferido, cuando Spinello conoció su ternura. Este descubrimiento le afligió, temiendo que su amor la hiciese desgraciada. La que habia amado desde sus primeros años ocupaba siempre su corazon, y no podia rendir homenage á otra. Por otra parte, Beatriz era tan hermosa, que la admiraba con aficion de artista, y la habia consagrado una especie de culto inocente. Su elegante figura le seguia á todas partes, ya estuviese dormido, ó bien despierto, y se mezclaba con las mas dulces emociones de su alma. Cuando pintaba involuntariamente y aun sin percibirlo, casi siempre reproducia algunas de sus facciones.

Tal era el estado de su alma cuando se le encargó el cuadro de la *Caida de los ángeles malos* para la iglesia de St. Angelo. La primera idea de esta composicion, tan justamente celebrada por Vassari, y por todos los que han escrito acerca de la pintura en Italia, está llena de originalidad y grandeza. La imágen de Lucifer, en la cual el pintor ha concentrado todos los rayos de luz como si fuesen los de su ingenio, es á un mismo tiempo sublime y terrible. Spinello se separó del camino trillado por todos aquellos que habian pintado antes que él tan grande escena, cual era la de

representar al principal de los ángeles rebeldes bajo formas espantosas y ridículas. Creyó por el contrario que debia conservarle vestigios de su primera hermosura y de su origen celestial; pero añadiendo una expresion que manifestase el principio del mal, y que despertase todas las impresiones de desagrado, inquietud y terror que estan como adormecidas en lo mas profundo de nuestra alma, hasta el momento en que se excitan por alguna causa extraordinaria. En este punto Spinello habia aventajado al mismo Milton. No puede verse su Lucifer sin admirarle y extremecerse; eleva y al mismo tiempo atemoriza el ánimo de los que le observan. Es una de aquellas producciones singulares en que sobresale el mérito de un pintor.

Desde el momento en que empezó á dibujar esta admirable figura, se advirtió una alteracion notable en su género de vida. Su ánimo parecia estar agitado de contínuas turbaciones. Estaba desazonado cuando cualquier otro asunto le distraía de ocuparse de este cuadro; y cuando trabajaba en él, en lugar de sentir la complacencia que comunmente hallamos en una obra de nuestra eleccion, se ponia de un humor intratable. Como disfrutaba salud, y su imaginacion era fuerte, aunque irritable, sufrió al principio bastante bien esta situacion singular. Trabajaba con una aplicacion y actividad prodigiosas; mas á medida que adelantaba su obra, y la figura de Lucifer tomaba de su mano, impulsada de cierto sublime frenesí, un carácter cada vez mas grandioso, no podia ya considerarla sin turbacion, concluyendo en fin por inspirar espanto á él mismo.

Desde entonces el taller de Spinello fue para él un tormento, una especie de infierno; y buscó las distracciones de la sociedad, por las que manifestó hasta aquí poca inclinacion. Concurria á las reuniones de los jóvenes artistas, y paseaba con ellos por los bosques y florestas, tan célebres en aquella parte de Etruria. Unas veces recorria el valle del Arno, y otras iba

á visitar el sitio ameno de la Villa Toscana de Plinio. Un dia que volvia de estos paseos, contento de su estado de salud, se halló con una carta de un amigo que le manifestaba que el objeto de su primer amor le habia sido infiel, y se habia casado con otro. Este suceso, aunque no tuviese relacion con el estado en que se hallaba hacia algun tiempo, aumentó la pena de su imaginacion, comenzando entonces á padecer ciertas especies de visiones, ó mas bien ilusiones. En el desorden de su espíritu creia ver la figura de Lucifer agrandarse como una imágen que se distingue entre las nieblas del desierto, tomando dimensiones sobrenaturales, y mirándole con rostro torvo y amenazador.

Este desgraciado jóven, ofendido en sus afectos, y atormentado por la fantasma que él mismo se atraía, recurrió á Beatriz. Las mugeres, ó á lo menos las que no carecen de las cualidades amables de su sexo, tienen medios de consuelo, y esta es seguramente la principal de sus gracias. Beatriz, cuya alma era á un mismo tiempo tierna é inflexible, consiguió reanimar al jóven pintor, y darle sosiego y energía; bien pronto un nuevo afecto por Beatriz vino á ocupar el lugar del que se iba apagando en su corazon. Hablaban horas enteras sin que su conversacion decayese jamas. Lo único de que se acordaban de estas largas conferencias cuando se acababan, era que habian sido deliciosas, y ambos deseaban con impaciencia volverlas á comenzar. Este es en efecto uno de los mayores deleites de un amor en sus principios, y el que desgraciadamente se concluye mas pronto.

Considerando la figura agradable de Beatriz con la aficion de un artista y el interés del amor, notaba Spinello algunas veces ciertas miradas de su jóven amiga, que penetrándole el corazon le causaban un dolor vivo y agudo; pero esta impresion era tan fugaz como cruel. Poco á poco se renovaron con mas frecuencia, y le causaron un dolor mas intenso; lo cual mez-

cló algun disgusto en la complacencia de sus conferencias. Esta impresion le pareció tan extraña, que procuró á todo trance averiguar la causa. Se preguntaba á sí mismo con asombro si habria en esta jóven algun vicio oculto, ó alguna disposicion diabólica que esplicase la impresion dolorosa que le hacia sufrir. Pero ninguna de sus reflexiones podia manchar la pureza de Beatriz; y no sabiendo ya á que atribuir la accion que ejercia sobre él, llegó á creer que el trabajo asiduo habia desordenado su mente. Esta suposicion le tranquilizó algo; porque queria mas bien creerse loco que tener por culpable á la que amaba.

10. Luego que Spinello hubo concluido su cuadro, se colocó en el altar mayor de la iglesia de St. Angelo. Spinello experimentó en esto un gran alivio; le parecia que le habian quitado de su corazon un peso enorme. Hablaba alegremente con Bernardo y con los artistas jóvenes de la ciudad, ó bien gozaba de las conferencias apasionadas y circunspectas de Beatriz, la cual, de una jóven viva y alegre, se habia convertido en una muger de ánimo firme y elevado. Para pretextar con el anciano estas frecuentes conferencias á solas, fingió Spinello serle necesario tomar á Beatriz por modelo para concluir una cabeza de estudio. En una de estas sesiones se echó á los pies de Beatriz, y la declaró su amor en ocasion que estaba ella elevada sobre el estrado del taller.

Pero su contínua aplicacion al gran cuadro que acababa de trabajar, habia agitado sobremanera los nervios de Spinello, aumentándose su natural sensibilidad. Una de las hermosas primaveras, que solamente se disfrutan en Toscana, habia cubierto la tierra de un verdor esmaltado, y llenaba el aire con sus brisas embalsamadas, que parece llevan en sus alas todos los perfumes del oriente; mas á pesar de la influencia de esta bellísima estacion, la idea horrible que le habia atormentado tanto tiempo, se apoderó con mas fuerza de

su ánimo. Pasóse de este modo el estío, y llegado el otoño, á medida que el sol perdia su resplandor, parecia que Lucifer aumentaba el suyo, y que crecian sus proporciones colosales. Por la noche principalmente era cuando le atormentaban estas visiones. Cuando el desgraciado artista gozaba en su cama de algunos cortos instantes de sueño, el príncipe de los ángeles rebeldes se le aparecia con toda la magestad de su terrible hermosura, aumentando los caprichos de sus sueños, y causándole el mayor horror. El jóven se despertaba sobresaltado con estas angustias; la vision desaparecia; pero el terror que le habia causado duraba aun mucho tiempo, corriendo por todos sus miembros un sudor frio.

Por último, juzgó que esta fantasma solamente tenia una semejanza imaginaria con la figura que habia producido su pincel, y que podria hacerla desaparecer, asegurándose de lo infundado de esta analogía. Le ocurrió esta idea una noche del mes de noviembre en uno de sus largos desvelos. Se levantó de repente, se vistió, se puso una capa y se dirigió con una luz á la iglesia de St. Angelo.

Seria como la media noche: todo estaba en silencio hacia mucho tiempo en la ciudad, las calles desiertas, y excepto un religioso que pasó á su lado en la obscuridad, á nadie encontró en el camino. A medida que se adelantaba, arrojaba su luz, agitada por el viento, resplandores horrendos.

El santo edificio estaba rodeado de pinos y abetos. Cuando se acercó á ellos movia sus hojas un viento frio é impetuoso: al instante creyó que estos silbidos y murmullos eran otras tantas voces que gemian al acercarse él al centro de las nubes sombrías que casi le rodeaban. Entró en la iglesia, que por aquellos tiempos estaba abierta dia y noche. Colgaban de los dos lados de la nave imágenes del Salvador, de madera y de mala escultura, y antiguas pinturas de Cimabue y de

Giotto, que parecia reanimarse en aquel instante en que, pasando Spinello, las alumbraba con los rayos de su luz. Se dirigió al altar mayor. A cada paso latia su corazon con violencia, y parecia que se le iba á subir á la garganta para ahogarle. A pesar de esto no desmayó; subió los escalones de mosáico del altar, y se puso sobre él, dirigiendo su vista hácia el cuadro. Cuando, puesto de puntillas, acercó su luz á la pared, pareció que salian de la espesura de las sombras las legiones de los ángeles rebeldes, huyendo con la cabeza baja delante de los rayos celestiales, con la gran figura de Lucifer, que venia el último de todos, en ademan de querer resistir aun al Omnipotente, en medio de los rayos que por todas partes le combatian.

El artista consideró al principio su obra lleno de satisfaccion y gloria. Nadie antes que él habia podido representar la temible magestad que ocupa el infernal trono. Pero al paso que consideraba su obra, se iba exaltando mas y mas su imaginacion, hasta llegar á creer que aquella figura colosal tomaba vida. La hermosura incomparable de las facciones de Lucifer le parecian solo una máscara, bajo la cual se agitaban con furia todas las pasiones del infierno. Sus miradas siniestras, llenas de desesperacion y de inmenso dolor, parecian resplandecer en la obscuridad de las sombras, creyendo ver á Lucifer combatiendo y agitando sus gigantescos miembros para arrojarse del cuadro y tirarse al suelo del templo de Dios. Al mismo tiempo que esta idea se iba apoderando del ánimo de Spinello, soplando el viento por los costados de la iglesia, y multiplicado por los ecos, le pareció que resonaba como los gritos de desolacion y espantoso concierto de los gemidos arrojados por los ángeles rebeldes. Horrorizado se echó del altar abajo, y con la precipitacion apagó la luz. En tanto que en la obscuridad procuraba encontrar el camino por entre los bancos, los facistoles y demas obstáculos que se lo estorbaban, llenó el viento

la nave de la iglesia con sonidos aun mas lúgubres. Se imaginó entonces que le perseguian los espíritus de las tinieblas, dando estos gritos espantosos. Ya era esto demasiado para él; le fue imposible resistir á tantos temores, y cayó desmayado en la escalera del coro. Cuando volvió de este estado, cuya duracion no pudo calcular, habian desaparecido todas las visiones como un sueño. El viento habia cesado; las tinieblas se habian retirado, y la luna penetraba por los vidrios de colores de las ventanas de la iglesia. Se levantó á toda priesa, y saliendo de St. Angelo, se dirigió á su habitacion.

Al dia siguiente no pudo levantarse por lo mucho que habia sufrido. Bernardo, que tanto le queria, fue á verle con Beatriz para saber la causa de su mal. Beatriz fue la primera que entró: cuando él oyó sus pasos, que no podia desconocer, se regocijó su corazon; vertió lágrimas de placer; la dió las gracias, y la bendijo con fervor. Pero en el momento que alzó la vista para mirarla, se renovó la vision de la noche anterior, y la odiosa figura de Lucifer se le presentó de nuevo. Ignorando lo que pasaba en su ánimo, y con un afecto y ternura mas que de una hermana, se acercó Beatriz á la cama, y arrodillándose, le cogió la mano que él la extendia con langidez, la cual estaba ardiendo, y todo su cuerpo agitado de violentas conmociones. No pronunciaba una palabra, y volvia la cabeza, como queriendo probar á levantarse, al mismo tiempo que estrechaba el brazo de Beatriz con fuerza convulsiva. Ella se inclinó hácia él, y echó de ver que sus megillas estaban pálidas, y que sus ojos vagaban en los párpados. Por último, viendo que era inútil querer disimular por mas tiempo lo que experimentaba, dejó caer su rostro en la almohada, llevó á sus labios la mano trémula de Beatriz, y vertió un torrente de lágrimas. Beatriz, al verle, tambien se puso á llorar, al paso que su padre consideraba á entrambos con asombro y afliccion.

Por fin, el jóven se alivió, como suele suceder cuan-

do se ha llorado mucho. Beatriz tambien volvió en sí de su turbacion. Bernardo, que tenia un corazon compasivo y bondoso, creyendo que el amor podia tener parte en la pena de su huesped, mandó á su hija que se saliese; y luego que estuvieron solos, preguntó á Spinello si su inclinacion á Beatriz era la causa de sus penas, y si el concederle su mano produciria alguna mudanza en el estado de su ánimo. Con esta nueva prueba de la amistad del anciano se enterneció el jóven vivamente. Lucifer tuvo que soltar su presa, y se llenó su imaginacion de ilusiones agradables. Se guardó muy bien de dar á entender á Bernardo la causa de su mal; porque el anciano pintor no hubiera dejado de creer que habia perdido la cabeza, lo cual hubiera imposibilitado su boda. La expresion de su agradecimiento fue corta, pero vehemente y sincera. Cuando se tranquilizó mas su ánimo, pudo tomar fuerzas y salir de su aposento. Sin embargo, el médico que le asistia juzgó indispensable la mudanza de aires para que se restableciese completamente. En consecuencia, Bernardo se decidió á llevarle á una ciudad pequeña, situada en la costa del mar, dejándoselo encargado á un amigo, y él se volvió á unirse con su hija que habia dejado en Arezzo. Mas este remedio no produjo efecto, pues la soledad dañó mucho al jóven artista, el cual, hallándose separado de los objetos de su cariño, volvió á sufrir las visiones con mas frecuencia y espanto que antes, haciendo cosas que manifestaban el trastorno de su imaginacion.

Al cabo de algunas semanas se habia quedado como un esqueleto; pero cuanto mas flaco se ponia, mas viveza y brillantez tenian sus ojos. Los dueños de la casa en que estaba hospedado se espantaban al verle, y huían de encontrarse con él. Por su parte, apenas sabia si estaba en el mundo; cuanto le rodeaba le parecia un sueño, y sombras con las que no podia tener relacion alguna. Creía que solamente habia dos seres

en el universo, él y Lucifer, con quien estaba empeñado en una lucha que debia terminar por su muerte. Cuando llegaba á verse libre de las angustias que le ocasionaba esta vision, conocia cuan ilusoria era, y se asombraba del dominio que ejercia sobre él. Pero estos cortos instantes solo los lograba por el dia, y las horas del descanso las pasaba en horribles tormentos. Asi es que en sus contínuos paseos por la orilla del mar se extremecia al ver que se acercaba la noche; y su pena se aumentaba cuando el color de púrpura que tomaban las olas indicaba que el sol se iba á ocultar. Al momento que habia desaparecido, se levantaba Lucifer delante de él, poderoso, terrible; y el desgraciado Spinello, tapándose los ojos con sus manos, huía á donde estaban las gentes, dando gritos espantosos.

En conclusion, convencido de que se acercaba su última hora, dió gracias á Dios de que sus males iban á tener fin. Luego que esta idea se apoderó de él, se tranquilizó mas, y excepto cuando pensaba en Beatriz, veía con placer llegar la hora fatal. Una tarde, ocupado con las esperanzas de lo que le habia de suceder, se paseaba, segun costumbre, por la orilla del mar. El sol se habia puesto, y la luna estaba en toda su brillantez. Se sentó en una roca que dominaba al mar, cuyas olas se movian allí suavemente, con la vista fija en el cielo, de donde esperaba el término de sus males; permaneció algun tiempo entregado á meditaciones piadosas, cuando de repente, volviendo la cabeza, ve una figura de una hermosura inexplicable, cercada del resplandor de la luna. A primera vista reconoció que era la figura de Lucifer; pero que su hermosura nada tenia de funesta, y habia vuelto á tomar su expresion angélica; con todo eso, en nada disminuyó su terror; y por huir iba á arrojarse al abismo de las aguas, cuando le detuvo la mano de Beatriz, pues era ella misma, la cual, habiendo sabido el triste estado de Spinello, habia ido á verle con su padre. Ella pro-

nunció su nombre, y le estrechó con ternura en su corazon. Estas palabras y dulces abrazos desvanecieron su ilusion con la rapidez de un relámpago, y le descubrieron la causa de su mal. Conoció que cuando pintaba su célebre cuadro, ocupada su imaginacion de las gracias de Beatriz, habia dado sin pensar al ángel rebelde algunas de las facciones de su querida. Este descubrimiento hizo que huyese para siempre la fantasma que le habia perseguido por tanto tiempo. Por desgracia ya era tarde. Los padecimientos habian destruido en Spinello todos los resortes de la vida. Despues de algunos meses de una existencia agonizante, murió en la flor de su edad, en medio de las esperanzas de gloria que daban sus primeras producciones. Bernardo, que le amaba con la ternura de un padre, le siguió á poco al sepulcro. En cuanto á Beatriz, inconsolable por esta doble pérdida, y dejando sin pesar un mundo que ya no tenia atractivos para ella, fue á ocultar en lo interior de un claustro su pena y su hermosura.



EL HECHIZADO,

ANÉCDOTA ESCOCESA.

Quiza no hay un pais en que la supersticion y sus prestigios hayan ejercido un imperio mas absoluto que en Escocia, especialmente entre los habitantes de las montañas, cuya imaginacion, llena de leyendas antiguas, cuentos espantosos y tradiciones populares, teme la impresion que hacen, pero tiene aficion á lo maravilloso. Aun aquellas personas, cuyos conocimientos y educacion exceptuan de las preocupaciones de una creencia pueril, hallan un atractivo particular en estos errores hereditarios. ¡Feliz nacion que vive en dos mundos á un mismo tiempo! Yo tendria gran placer en ser un lord escoces; pero aun le tendria mayor en ser Duncan Grey.

Una noche del mes de noviembre volvia Duncan Grey de la ciudad de Dumferline, con el ánimo algun tanto agitado por mas de mil visiones que le ponia delante el recuerdo de lo que habia leido y oido contar. La noche estaba obscura. Un viento norte soplaba por entre las ramas desnudas de los árboles; empezaban á caer algunos copos grandes de nieve, y se mezclaban con las hojas secas esparcidas por el camino, al mismo tiempo que unos chillidos lúgubres daban á conocer en el aire el vuelo misterioso de la lechuza, é infundian tristeza y espanto en el alma atemorizada del viajero. Duncan deseaba vivamente encontrar algun compañero de viaje; y con esta esperanza caminaba con paso acelerado, dirigiendo sus inquie-

tas miradas á derecha é izquierda, y volviéndose algunas veces de pronto, como si hubiese sentido á alguno detras de sí; en seguida, procurando disimular el terror de que estaba poseido, silbaba muy fuerte y gorgeaba una cancion, como nosotros cuando tenemos miedo; mas de repente siente que le tocan en la pantorrilla. Entonces empieza á caer de su frente un sudor frio que sucede al temblor de miedo que no habia cesado de atormentarle: camina con paso incierto y desigual, sin atreverse á mirar hácia atras, y silba de nuevo con mas gana, creyendo espantar con este ademan de indiferencia y audacia al duende ó hechicero que le persigue. Pero siente de nuevo que le tocan en la otra pantorrilla; con este golpe se cree positivamente bajo el dominio de un encanto mágico: su terror se aumenta con las imágenes espantosas que le presenta una imaginacion delirante. Se imagina ver al espíritu ó demonio, que sigue sus pasos, bajo las formas mas horrorosas, ya de una serpiente enorme que le persigue con su saeta envenenada, ya de un toro furioso que le amenaza con sus terribles astas; por último, es el mismo Satanás con sus ojos torcidos, la boca echando llamas, el cuerpo lleno de pelo, con el pie de macho cabrío, cuya garra, ardiendo, vá á cogerle y arrastrarle á la caldera infernal. Con esta última ilusion no anda, sino que corre y vuela como un loco; apenas tocan sus pies la tierra; pero cuanto mas precipita sus pasos, mas se multiplican los golpes, y mas aumenta su celeridad. Asi anduvo algunas millas sin tomar aliento, cuando vió por fin la escasa luz de su choza, donde le esperaba su muger para cenar. Entonces, haciendo un nuevo esfuerzo, atraviesa con la rapidez de un relámpago la distancia que le separa de su habitacion. Solo le quedan cinco ó seis pasos que dar, y lo hace de un brinco, porque acaba de recibir otro golpe mas fuerte que los anteriores; abre con precipitacion la puerta, con cuyo golpe casi rompe los goznes. Entra

jadeando, pálido, desfigurado, y se arroja en una silla, fijando con espanto su vista en el camino, en el que aun cree ver todos los demonios del infierno desencadenados contra él, y sin poder articular una sola palabra, porque su lengua entorpecida está como pegada al paladar. Su muger, á pesar de lo extraordinario de este acontecimiento, vuelve á cerrar con cuidado la puerta, echando el cerrojo, y procurando animarle, le pregunta cuál es la causa del terror que le agita. Vuelto un poco en sí Duncan, la refiere entonces todo lo que le ha sucedido, con mil incidentes espantosos que solo han existido en su disparatado cerebro; y se levanta para acercarse al hogar, cuyo fuego vá á restablecer la circulacion de su sangre que el miedo habia entorpecido; cuando su muger, que no cesaba de observarle de arriba abajo, como de quien se sospecha que está demente, echa de ver un ovillo de hilo que colgaba del bolsillo de su marido, el cual, cayendo sobre sus piernas, y votando por los diversos movimientos que el camino le obligaba á hacer, habia convocado todo el infierno en persecucion del pobre Duncan. Desde entonces solamente tiene miedo al cáñamo; y es lástima, porque es tejedor.



AVENTURA NOCTURNA.

No hace muchos años que sucedió en Madrid la chistosa aventura que se representa en la escena siguiente.

—¡Ola! ¿estais ahí? —Aquí estamos los dos.—¿Le habeis visto?—Sí, ¡infame! he hecho el último esfuerzo para conseguir de él lo que sabeis, y me ha tratado como siempre. Y puesto que es indispensable recurrir al último extremo, proceded como hemos tratado. ¡Pacorro, ánimo! van á dar las doce; va á salir: seguidle hasta que esté en una calle solitaria y obscura. Entonces echaos sobre él con el arma en la mano, y que entregue las consabidas prendas. ¡No tengais lástima, amigos mios! jurad que no la tendreis. —Lo juramos. Muy bien; yo estaré allí cerca para observar lo que pasa.

Los tres sugetos que hablaban asi no presentaban sin embargo el aspecto de unos malhechores. Uno de ellos, que al parecer dirigia á los demas, tenia el aire de un vecino honrado, bien vestido, robusto y de aspecto franco. Se advertian ciertas señales en su disposicion y trazas, que indicaban que este hombre se dedicaba á trabajos comunes y de fuerza.

El mas pequeño de los otros dos tenia la mas ridícula figura del mundo; nariz prolongada y arremangada hácia las cejas, y una bocaza con diforme y desigual dentadura. Pacorro, que es de quien hablamos, tambien era jorobado. A la escasa luz de un farol se echaba de ver que la corta vista del enano se dirigia con complacencia á una pistola que llevaba en la mano derecha. Que venga ese guapo, y nos veremos las

caras. Esto es lo que la expresion de su rostro indicaba estar diciendo en su interior.

El tercer sugeto parecia por su organizacion ser el término medio entre sus dos compañeros. Alto, seco, pálido, y con el brazo izquierdo levantado como para alcanzar con su arma al pecho de un gigante, le daba la apariencia de una horca. De cuando en cuando temblaba. ¿Era de frio ó de miedo?

Dan las doce.

¡Atencion! ¡atencion! repitió la voz primera. De una casa sospechosa del barrio de Anton Martin salen lenta y recelosamente como una docena de hombres; los dos sugetos apostados cerca de allí salian de cuando en cuando de la obscura callejuela donde se ocultaban: muchas veces tuvieron que volverse á su gazapera, y seguir esperando.

Por último, llegaron á atisbar al que buscaban, que era una especie de lechuguino muy atusado, almibarado y compuesto, que llevaba en la mano un bastoncito, y el cual caballerete se salió hácia el arroyo, juguetcando con el bastoncillo, y haciendo mil gorgoritos de ópera: metióse pronto por una de las calles inmediatas, que seria, supongamos, la Torrecilla del Leal.

Caminaba de priesa, como para evitar que se le acercasen unas pisadas que sonaban no lejos de él; pero mudando de repente el temor en atrevimiento, se detuvo, y dió tiempo suficiente para que se le aproximasen los que efectivamente le perseguian.

—¡Alto! le dijeron: ¡la bolsa ó la vida! —¿Qué, qué, qué? —¡La bolsa ó la vida! y le apuntaban dos armas de fuego, la una á su frente y la otra al pecho. —Si dices una palabra mueres, añadieron los dos á un tiempo. —¡Vírgen Santísima! Señores, nada tengo que daros. Solamente este relox, y es de oro. —No queremos tus alhajas falsas ó verdaderas. Te pedimos la bolsa ó la vida. —Acabo de perder á la ban-

ca mis tres últimos duros...... — Pues entonces quítate la casaca. — Contentaos con mi sombrero, señores. He hecho últimamente los mayores sacrificios para vestirme. Mi pobre madre ha gastado sus cortos ahorros en pagar mi trage. — ¡Mentira! Vestido fuera y sin tardanza, ó sino.... Empecemos; suelta ese bastoncillo. — Señores, por Dios.... — ¿Y tanto tardas? — Señores, tomad mi hermoso frac negro.... Si el sastre no me ha engañado, podreis venderlo en mas de dos onzas.

— Ahora el chaleco.... — ¿Quereis dejarme en camisa? — Ya no mas. Quítate el pantalon, y pronto. — ¡Oh! es el único que tengo: ¡misericordia, señores, misericordia! Y ellos comenzaron á carcajadas, diciéndole: ahora que estas desnudo, escapa volando, y no mires atras.

El pobre hombre, despojado tan extrañamente, no dió lugar á que le repitiesen la órden. Echó á correr, impulsado del viento fresco de la mañana, y ademas de un latigazo que le aplicaron en las pantorillas al volver la otra calle.

Llegó á su casa sudando; tal habia corrido. ¿Cómo durmió? lo ignoramos. Lo que podemos decir, es que al otro dia recibió por el correo la siguiente carta.

«Contando con que erais tan cobarde como tramposo, aposté ayer por donde debiais pasar, á mis dos oficiales Pablo y Pacorro, cada uno con una pistola de mazapan. Bien pudisteis haberos comido las armas, que habia hecho examinar antes á mi amigo el alcalde del barrio.... Habeis preferido devolverme los vestidos de que os habia provisto y rehusabais pagar: habeis hecho bien, porque asi estamos en paz."

Manteneos caliente, si podeis, y recibid las felicitaciones de vuestro humilde servidor

Chinitas el sastre.

ENSEÑA Ó MUESTRA

DE TIENDA BURLESCA.

No hace mucho tiempo que los periódicos de esta corte, no teniendo cosa mejor que hacer, nos entretenian agradablemente, copiándonos con la mayor exactitud un sinnúmero de enseñas, títulos, muestras y rótulos de tiendas y parages públicos de Madrid, escritos en la mas mala, ridícula y estrafalaria ortografía que darse puede, excitando la risa con sus majaderías y con las gracias que se le ocurrian al que las criticaba. Muchos años hace que se publicó una obra con la misma idea, que me parece se intituló *Bello gusto satírico de Inscripciones*, &c. Pero nada de esto iguala, á mi corto modo de entender, á la tan erudita cuanto burlesca *Enseña* siguiente en francés; porque ¿quién iguala á los franceses, ni en lo bueno ni en lo malo, ni en lo bajo ni en lo alto? Copiémosla aqui para entretenimiento de los que poseen este idioma, que serán la mayor parte de mis lectores, pues que tan comun se ha hecho.

Enseigne trouvée dans une Comune peu comune de la Champagn.

Brutus factotum: barbièr, perruquier, chirugien, clair de la paroisse, maître de colle, marèchals, accoucheur, charcutier, et marchand de couleurs, raze pour un sou, coupe les cheveux pour deur sous, et poudre et ponmade par dessus le marchès les jeunes

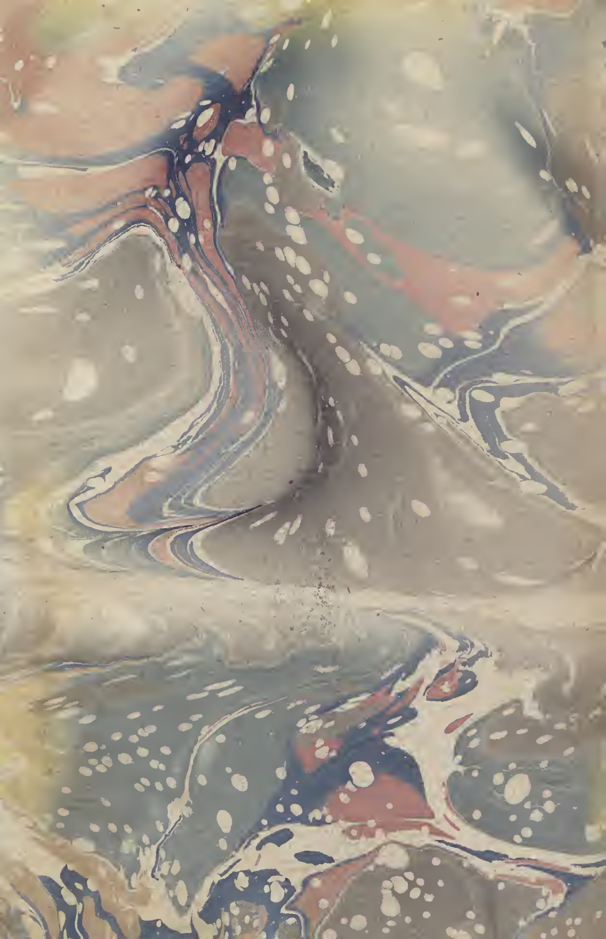
demòisele jaulimcnt elevèe, alume lampes á l'annèe ou par cartie. Les gentis homes aprene aussi leurs langue de grand' mère de la manière la plus prope: ou prent grand soin de leurs moeurs, il aunsaigne le devoir dubon sitoyen os jeune garsons. . . . . ansaigne l'ortografes et á epler, il apren á santer le plain champ et aferrer le chevaux de main de mètre. Yl fait el racomode anssi les bote et les soulier, ansaigne le hot-bois et la guimbarde, coupe les cors, paint lu ansegnes desboutikes et les epitaphes des maizons national raispubliquenes, segne et meri les vessies catoires au plus bas prix, il repace les razoirs, purge, retint les chapox et donne les lavemens á un sou la pièce: ansoigne au logis le coutillons et autres danses de caraclaire; vand eu gros et en detaille la parfumerí danc toutes ses branches, vend toutes sourtes de papetterie, sire á decrotter, harang salés, pain dèpisse, broses á frotter, souricieres defil d'arechal et autres confitures; racines cordiales, pomes de terre, aricots blanc, sosisses, bierre, rubans de fil et autres comestibles.— Nota bene.—Yl tient autel garnis et vat en ville.

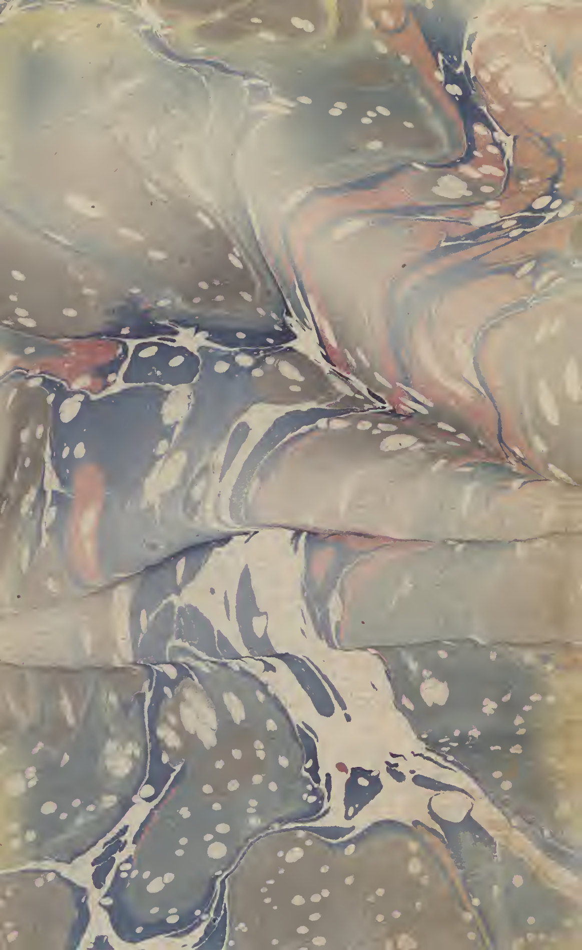
Pero algunos, que ni siquiera saben frances, quieren que se lo traduzca; y por ser cosa breve, debo complacerlos, aunque se pierdan las originales gracias de la estrambótica ortografía, pues no dejan de quedar algunas en lo ridículo del texto.

Muestra hallada en una Comun poco comun de Champaña.

Bruto Haslotodo, barbero, peluquero, monagnillo, maestro de escuela, albeitar, comadron, tocinero, mercader de colores, afeita por un sueldo, corta el pelo por dos, y polvos, y pomada de valde á las señoritas bonitamente criadas, enciende lámparas por año ó por dias, á los caballeritos les enseña tambien su lengua de gramática del modo mas propio, y cuida mucho de sus buenas costumbres, y tambien los deberes del buen

ciudadano, enseña la ortografía y á deletrear, enseña á cantar el canto llano y á herrar los caballos de mano de maestro, tambien hace y remienda las botas y zapatos, enseña el obue y la *guimbarda*, corta los callos, pinta las muestras de las tiendas y los epitafios de las casas nacionales republicanas, sangra y pone los vejigatorios al mas bajo precio, afila las navajas de afeitar, purga y retiñe los sombreros, y echa las lavativas á sueldo pieza, enseña en casa los *cotillones* y otros bailes de carácter; vende por mayor y por menor la perfumería en todos sus ramos, vende toda suerte de papelería, betun de botas, arenques salados, alajú, bruzas para frotar, ratoneras de alambre y otros confites; raices cordiales, patatas, judías blancas, salchichas, cerveza, cinta de hilo y otros comestibles.—*Advertencia*: Tiene casa de huéspedes, y va donde le llaman.






111
PAPELES
VARIOS.
10